El éxito más popular de una de nuestras pasadas administraciones se encuentra en esa diferencia entre negros y blancos, tan sutilmente desarrollada que el panameño no se acordaba del gran porcentaje de negros (15%) y mestizos (72%) que forman la población panameña (1), olvidaba el refrán popular que dice que en cualquier familia panameña se encuentra «un negro detrás de la puerta». Y el hecho de que los «negros» (los «criollos», los negros antillanos) se encontraban restringidos por disposición de ley para obtener cédula de identidad personal como panameños se entendía como un triunfo personal de algunos panameños sobre esos individuos.

Este nuevo concepto discriminatorio sobre el negro es tan vivo que hemos observado cierto miedo, por parte de algunos panameños, de relacionarse en amistad más o menos íntima, con negros por temor a que se les «confunda» con ellos. Y a pesar de que odian al norteamericano porque este toma una actitud definida con su negro, pasan inadvertido el hecho de que ellos mismos imitan esa actitud con los negros.

Sin embargo, él no puede darse cuenta de esto, más aún, decírselo en su cara le extrañaría, y peor todavía, le ofendería. La persona que pueda mover la pasión en este problema tan delicado será responsable por una de las luchas sociales más encarnizadas en nuestro medio. Recordamos un discurso en el Gimnasio Nacional, por el periodista Santiago McKay, con motivo del jubileo de Delmira Pierce de Racine, una jugadora del popular baloncesto y la gran gritería y fuerte emoción que impregnó el aire cuando el señor McKay decía en una parte de su discurso:

«....a Delmira Pierce, por el solo hecho de ser negra se le...»

No pudimos oir el resto. Sabemos que el Sr. McKay quería decir que por el hecho de ser negra se le habían puesto obstáculos para su ida a Colombia, en una representación de un conjunto panameño femenino a esas tierras. Pero ya la emoción llenaba todo el Gimnasio Nacional. El dedo hería la llaga viva, el dolor explotaba en gritos, en cólera. Se escribía otro capítulo de la lucha entre el negro y el blanco en esta tierra de negros y de blancos.

Parece que algunos panameños no se dan cuenta de que el fortalecimiento de la nacionalidad panameña, su prestigio, el orgullo en ser panameño, es una fuerza necesaria en el engrandecimiento de Panamá. Y si a la deficiencia natural de nuestra falta de población

(1) Según el Censo de Población de 1940, de un total de 111,893 habitantes de la ciudad de Panamá, 29,402 (o un 26.3 por ciento) eran «negros»; en la ciudad de Colón, de un total de 44,393 habitantes, 23,532 (o un 53 por ciento) eran «negros;» distribuyéndose la población de la República según razas conseguimos los siguientes porcentajes: Blanca 12.2%; Negra 14.6%; Mestiza 71.8%; Otras 1.4%.

física agregamos la debilidad que trae la desunión entre los distintos elementos de la población panameña, entonces, lógicamente nos hacemos mas débiles. El problema del negro es un problema emocional que nosotros debemos resolver por medios racionales. Como debemos tratar de resolver nuestros problemas de administración pública, nuestro nivel económico, nuestros conflictos políticos internos. Sólo por medios positivos se pueden conseguir resultados positivos permanentes.

Este aspecto, que enmarcamos en esta sección posiblemente no quepa en el cuadro metodológico del trabajo que tratamos. Pero hemos querido llamar en alguna forma la atención sobre él, temerosos de que nuestra deficiencia en presentar el problema lo haga pasar inadvertido. Este aspecto es una de las más fuertes influencias norteamericanas en nuestro medio.

Tenemos también que indicar, aunque en forma somera por su carácter incidental, la influencia que este ambiente citadino tan complejo ha tenido que ver con el individuo de los campos que en éxodo numeroso dejó su lugar y vendió todo lo que tenía para venir a trabajar a las obras del Canal; cómo entró, con su poca fuerza económica, en el círculo extraño para él de los barrios populosos, de la vivienda estrecha, de la casa de alquiler en donde predominaban el antillano y su lengua, sus modas y costumbres, su modo de vestir, su comida. ¿Cómo se enfrentó, indefenso, en la lucha por la existencia ante un competidor más fuerte que él, que tenía cierto prestigio y a quien a veces se llegó a remedar?

Mas no debemos imaginarnos que todas las personas se han interesado en estos problemas. Aunque esta parte descriptiva se debe esencialmente a las informaciones de personas y de grupos, más que a cualquier otra fuente, no debemos por ello imaginarnos que los problemas que allí se nos presentan figuran entre las consideraciones de todos los hombres a quienes estas cosas afectan. Necesario es decirlo, aunque a muchos toca este contacto imprescindible con los norteamericanos, a pesar de que muchos caen bajo la influencia de esos contactos, a veces nos sorprendió el hecho de que no pudiéramos obtener contestación a nuestras preguntas por la única razón de que esas personas jamás se interesaron en estos problemas. Lo que es más, parece que no los sintieron.

Hemos preferido usar el método de preguntas directas para acercarnos a la fuente de información sin intermediarios que nos transcriben las cosas y los sucesos de acuerdo con sus criterios. Aquí, para reafirmar lo que tratamos de explicar en nuestra introducción, sólo hemos puesto lo que nos han informado, lo que se ha contestado a preguntas nuestras. Debemos declarar esto para que esta parte descriptiva pueda ser mas francamente comprendida, pues es la opinión expresa del hombre medio.

V

Análisis de los Principales Factores Determinantes.

1.—*Factores históricos.* El análisis del breven resumen histórico que apuntamos en la parte descriptiva, de este trabajo nos lleva a una conclusión que salta a la vista: Al hecho de que esas experiencias aun se recuerden por muchos panameños (intervenciones, marinadas, conflictos con la Oficina de Sanidad, etc.) y al olvido casi completo de esos mismos eventos históricos por parte de los norteamericanos. Este fenómeno, sin embargo, parece ser general en los países latino-americanos. Se recuerda, de la parte de estos pueblos las experiencias con los Estados Unidos mientras estos olvidan estas experiencias.

Pero en los orígenes históricos (orígenes, por otra parte bien distintos) se encuentra gran parte del resentimiento en el trato y las relaciones. En este sentido los pueblos latino-americanos, toman una natural actitud que se observa cuando, en la generalidad de los casos, una fuerza más potente y una más débil se ponen en contacto.

Además, la explicación de esta situación es obvia. El que sufre recuerda más largamente que el que impone su voluntad, su fuerza, sus intereses sobre el más débil, aun a veces no dándose cuenta que usa en forma exagerada de su posición favorecida.

Estados Unidos, con el aporte del esfuerzo de tantos otros pueblos que afluyeron a él (ingleses, escandinavos, alemanes, italianos, polacos, rusos, mexicanos, holandeses, franceses etc.) y las riquezas naturales de su suelo pudo desarrollar y alcanzar ventajas considerables en muchos aspectos. Pero los esfuerzos del pasado y del presente se olvidan precisamente en la mente del hombre medio. A él, el desarrollo histórico y el aporte de ese desarrollo, hasta cierto grado, se le representa como algo natural, en la misma forma que el hombre medio de cualquier lugar puede fácilmente olvidarse de todo el complicado conjunto de esfuerzos que representa la construcción del automóvil que maneja, del producto farmaceútico que le han recetado, del esfuerzo del médico y de los que le enseñaron a curar enfermos (el bárbaro moderno de Ortega y Gasset).

El hombre medio, a pesar de que se siente unido a la fuerza del Estado político y al grupo social a que pertenece, no puede darse cuenta de la responsabilidad que el hecho de pertenecer a ese Estado y a ese grupo social representa. Y por la coincidencia de que representa un Estado poderoso en trato con uno menos poderoso, su situación es semejante a la del rico, más poderoso porque tiene más, y el pobre, más débil porque tiene menos. Y nacen los resentimientos que el rico olvida o acaso aun ignora, pero los otros no.

Pero no puede conformarnos la explicación de que el olvido de las pasadas experiencias históricas de parte de los norteamericanos y el recuerdo de esas experiencias de parte de los panameños se deba esencialmente a una relación de superioridad en la cual los Estados Unidos son el patrón a seguir. El argumento anteriormente expuesto quizá explique la actitud mental de ciertos grupos. Pero debemos recordarnos del concepto latino que rodea a sus pueblos de atributos culturales que no reconoce en los norteamericanos, entendiéndolos por hombres muy eficientes en artes mecánicas pero ignorantes de la música, la pintura, la filosofía, la literatura, etc. Ese concepto que en su exageración lleva a ver en los norteamericanos hombres fuertes que usan y abusan de su fuerza material pero que desconocen las bellas cualidades del espíritu.

Debemos considerar que las relaciones entre las dos naciones han tocado el campo eminentemente emocional de la política lo que explica por qué el estado de fricción renace continuamente, como Ave Fénix mitológica. Tenemos en nuestros archivos una hoja volante: «Juan Rivera Reyes, víctima de su patriotismo», distribuída entre el pueblo recientemente, en la cual se expresa un sentimiento popular: «la reivindicación de todos los derechos que habían sido arrebatados y conculcados a nuestra patria en sus relaciones con la primera potencia del Continente», expresándose así mismo el ostracismo político en que ha caído quien se atreve a defender una causa justa. Se anota allí mismo un hecho histórico (discutible desde el punto de vista en que aparece en la hoja citada) ocurrido en 1918 a Don Guillermo Andreve, como Secretario de Educación, por la actitud que el Sr. Andreve tomó en aquel entonces, al decretar día de duelo en las escuelas públicas panameñas por la ocupación militar de las ciudades de Panamá y Colón y de la Provincia de Chiriquí por tropas de los Estados Unidos.

Es interesante anotar que el pueblo panameño no culpa a los dirigentes panameños que llamaron las intervenciones, que destituyeron a los hombres que se levantaron en protesta contra un estado de cosas que se entendía injusto, oprimente. El rencor nace contra los Estados Unidos y sus ciudadanos. Se olvida el hecho de que las destituciones eran resultado de la competencia entre partidos políticos panameños en pugna y la autoridad del presidente de reemplazar o destituír. Se olvida que el partido en el poder, o el grupo en el poder, necesitaba buscar fuera del país una fuerza que lo respaldara porque en el propio país no era popular o porque su llegada al poder se debía a manejos oscuros y recuentos fantásticos de los votos en las urnas electorales o porque los representantes de los partidos políticos no formaban un número que indicara mayoría sino compromisos interesados. Y así a través de la historia patria se han repetido

palabras como liberalismo y democracia para representar plataformas políticas que disfrazan intereses de familias, de grupos minoritarios y a veces de meros individuos.

La intervención o la influencia norteamericana en nuestra política se ha entendido como una intromisión chocante, como el invitado que se invita él mismo a fiesta ajena. Esas ingerencias en nuestros asuntos han ofendido el sentimiento nacional, y paradógicamente, lo han ayudado a fortalecer. Así se explica el resentimiento más hondo hacia el intruso que hacia quien se atrevió a llamarlo.

No debemos pasar inadvertido el hecho de que el Canal es una obra de largo plazo de vida en el cual trabajarán hombres aun durante un futuro que parece acercarse a lo eterno. Y como en todo campo social, siempre habrá relaciones humanas, positivas y negativas.

Lo que más confunde a algunos es que no se dan cuenta que son protagonistas de una historia que se está desarrollando y que la posición del Canal en el corazón de la República influye decisivamente en el territorio de la República y en las colectividades que lo habitan.

2.—*Contrastes básicos entre las dos naciones.* Encontramos dos civilizaciones enfrentadas en un ambiente geográfico limitado. Un pueblo con tradiciones e instituciones firmemente arraigadas y una fuerte nacionalidad; al lado de otro pueblo que apenas si hoy surge a la vida con tendencias marcadamente nacionales, con instituciones que no tienen verdadero prestigio para influír marcadamente en la conducta de sus hombres, con una tradición que se esfuma entre las corrientes que afluyen a nuestra vida social.

Tenemos, por un lado, una de las primeras potencias del mundo y por otro una nación considerada como satélite, cuya independencia política se duda por algunos, cuya soberanía es a veces punto de conflicto, sin una fuerza material que apoye sus razones, sin una población física numerosa que respalde la actitud que en el campo internacional esta nación pueda tomar.

Tenemos una nación fuertemente económica, en cuyo seno la tecnología ha sido glorificada intensamente a favor de la industria, la agricultura, el comercio, etc., al lado de una nación de economía incipiente, que usa en el desarrollo de sus métodos procedimientos empíricos.

Tenemos de un lado una Administración Pública, manejada por una combinación de políticos y expertos, y del otro lado una Administración Pública manejada, la mayor parte de las veces y en la mayor parte de sus puestos, por figuras políticas de prestigio dudoso. unas veces, arribistas, oportunistas, las más, herederos de la deficiencia

española que no creó en estas tierras un cuerpo eficiente para la administración de las cosas públicas.

Tenemos de un lado la aplicación, a veces contradicha en la práctica, pero siempre defendida en la teoría de los principios democráticos; del otro lado los efectos de una herencia que ha afectado directamente esos principios, la libre elección de nuestros mandatarios y las elecciones puras y los métodos impresionantes de una seudo-democracia.

Tenemos de un lado ciertas actitudes mentales definidas: el concepto del hombre de color, el concepto de la superioridad del mundo interior, base primaria de la esquematización social; del otro lado una población altamente mestiza ante un pueblo fuerte e influído por prejuicios.

Tenemos de un lado un grupo obrero organizado y del otro lado una falta grave de organización obrera.

En la mezcla de los elementos que componen estos pueblos tan distintos se originan los incidentes de la vida cotidiana. Lo lógico es suponerse que las relaciones de disociación prevalecerán y que el estado de fricción tiene que sucederse.

En términos generales puede decirse que las diferencias fundamentales entre la actitud del norteamericano típico y del panameño típico se basan en ciertos hechos históricos, emocionales y en tendencias humanas muy naturales.

Conocemos una serie de obstáculos que se oponen a las relaciones positivas humanas. Ellos son: la distinta lengua, la llamada «raza», las costumbres diferentes, los prejuicios, la creencia en diversos credos religiosos, el modo de vivir, o mejor dicho, la filosofía práctica de la vida.

Entre estos obstáculos hemos visto la importancia cierta de la diferencia de lenguaje, el hecho de que los distintos lenguajes influyen sobre las relaciones de los hombres en forma de no permitir un acercamiento, en forma de no permitir entenderse. De eso ya quizá nos hemos podido dar cuenta a través de las informaciones de la primera parte descriptiva de este trabajo.

El concepto racial es más fuerte aun en la determinación de la actitud mental de los hombres. Hemos visto la influencia que él tiene en las leyes discriminatorias que se aplican en la Zona del Canal, pero hemos visto también cómo se resuelve el campo social panameño a influencias del concepto «raza». El forma una de las fuentes que enriquecen el complejo socio-psicológico de superioridad del grupo propio y la inferioridad del mundo exterior, complejo que hemos colocado en la base primaria de la esquematización social. Sobre este

concepto racial, en la forma como enriquece el concepto de superioridad, volveremos a hablar nuevamente al tratar sobre esquematización social.

Las costumbres diferentes no son absolutamente motivos de fricción. Esta afirmación la corrobora el «snobismo» de todas las épocas, las tendencias a imitar, la adaptación de costumbres exóticas, el éxito de las modas de otros países, la adaptación en los bailes y canciones de un pueblo extranjero, los matrimonios y hogares que se forman.

Pero en las relaciones entre estos dos pueblos las costumbres diferentes si tienen influencia sobre las relaciones negativas; la adaptación de costumbres norteamericanas no nos señala el hecho consiguiente de un mejoramiento de las relaciones humanas. Ya se nos ha dicho que muchos panameños, influídos por las costumbres norteamericanas, imitando a las estrellas del cinema, adaptando sus deportes, sus modas en el vestir, en el peinar, imitando sus bailes y modismos, son a su vez los más apasionados en la lucha.

Importancia capital entre estos obstáculos tienen los prejuicios. Ellos representan una forma emocional que contraría a la reflexión lógica. Ellos son la negación de la verdad objetiva, de la inteligencia como medio para aclarar diferencias de opinion o interés, el estímulo tenaz para que fructifiquen las diferencias y crezcan las fricciones y antagonismos perjudiciales. En este campo social de estudio éllos ayudan a fomentar la política discriminatoria porque clasifican, sin consideraciones reflexivas, a unos grupos y sus miembros en una posición de superioridad, a otros en una posición subordinada, sin que razones positivamente ordenadas y lógicas, puedan influír en modo alguno. Los prejuicios justifican el uso de los motivos emocionales en las relaciones humanas porque pertenecen a la condición humana. Interrumpen la labor efectiva de estos dos pueblos y los mantienen mal informados el uno de los sucesos y circunstancias de la vida del otro.

La religión opuesta que ha llevado a tantas guerras, crímenes y fricciones en la vida de otros pueblos no ha sido suficientemente fuerte para ejercer una influencia significativa en la vida de estos dos pueblos. El cosmopolitismo de Panamá, la mezcla numerosa de personas que profesan distinto credo religioso en los Estados Unidos han hecho esta situación posible.

Pero la filosofía práctica de la vida, continuación de los prejuicios y de las emociones, reflejo del ambiente social, influída por la tradición y las costumbres, por las instituciones, las necesidades y las facilidades materiales del pueblo, tienen sin duda mayor influencia en estas relaciones.

3.—*Distancia social.*—Estos obstáculos que brevemente tocamos en este estudio informan el hecho social de la distancia social, forman el marco en donde se agitan las «colonias» (interpretadas desde el punto de vista sociológico). Estos obstáculos no son materiales. Forman parte del mundo intangible de la emoción, de los conceptos abstractos. La importancia que les damos parte del convencimiento de que el hombre actúa muy a menudo bajo la presión de sus emociones y no bajo la acción reflexiva, el tamiz que es la consideración conciente. (1)

Los norteamericanos viven por muchos años en el Istmo sin que se interesen, o demuestren interesarse, por acercarse a nuestras costumbres. Forman colonia aparte, frecuentándose mutuamente. Nos describieron esta actitud por motivos de las ventajas materiales que le reportan la vivienda cómoda y barata en la Zona del Canal, el hecho de poder efectuar allí sus compras en los comisariatos que venden a precios tan favorables, al hecho de encontrarse en los «club-houses» con amigos con quienes pueden jugar a los bolos, comer, beber helados, charlar en el mismo idioma.

Pero si los motivos materiales explicaran toda la conducta de los hombres entonces las revoluciones sociales y políticas, las guerras, el afán de dominación, la tendencia de superordinación, los sacrificios corrientes por adaptarse a modas ridículas, el ansia de buscar en otros medios o planos inferiores o superiores personas con quien intimar, todo eso, tan generalmente conocido, sería imposible. No habría guerras ni revoluciones civiles, la relación de hombres de tipos que buscan superación y de tipos subordinados sería una casi borrosa, los sacrificios emocionales no existirían.

Los motivos materiales no dejan de mover las acciones de los hombres. Pero la actitud mental, altamente emocional, es la fuerza que impulsa esos motivos. Las Cruzadas nos dan un buen ejemplo. Pero en este estudio que nosotros valientemente nos atrevemos a desarrollar a pesar de nuestra condición de neófitos, no nos ha sido posible encontrar una persona exenta de egoísmo ni un tenaz ególatra en busca de satélites que impulsado por el deseo de promover relaciones positivas se haya lanzado a la palestra.

Ese distanciamiento social entre ambos grupos se explica, en parte, por la clase de relaciones que son mas frecuentes entre éllos: las relaciones de trabajo, en donde el norteamericano ocupa los puestos de dirección y el panameño de subordinación, las relaciones de compras de los turistas (bajo cierto aspecto todos los zoneitas lo son), las visitas a los centros de diversión (cantinas, jardines de

(1) Recomendamos el artículo «De la Sociología y la Psicología del Extremismo Político», publicado en la revista *Universidad de Panamá*, Año I, No. 1: Abril 1936, pp. 17-51, escrito por el Dr. Richard F. Behrendt.

cerveza, Club Unión, Club Hípico, etc.). Estos son los tres tipos de relaciones que mas en contacto ponen a los dos grupos. Las otras relaciones como las «marinadas», las «intervenciones» son ocasionales, por decirlo así, y de efectos negativos desde luego.

Entre una serie de razones que expliquen esta distancia social encontramos los motivos emocionales. Carlos Marx nos pudo haber dicho en *El Capital* que «el modo de producción de la vida material domina en general toda la vida política, social e intelectual», pero sin dejar de reconocer la fuerza de prestigio de ese Maestro, debemos considerar los motivos que influyen primariamente en la vida psíquica del individuo. Las cosas materiales son necesarias al hombre, pero éste demuestra estar listo a sacrificarse por motivos emocionales. Y esta distancia social, que muchos presuponen naturalmente como resultado del mundo económico en que el hombre se sitúa, nosotros la entendemos basada en motivos emocionales.

¿Podemos entender que la distancia social entre dos grupos es una reacción negativa, de contradicción al progreso? ¿O que significa un período orgánico, por llamarlo así, en el cual un nuevo tipo de relación nacerá? Por imaginarnos, optimistamente que sí, vemos las concesiones que ambos grupos se hacen (empleados panameños en el «gold roll», matrimonios permanentes entre ambos grupos, el interés en los problemas mutuos, etc.). Y en forma interesante. la ley universal de imitación en todos los grupos en contacto. Pero imitar no es acercarse, por lo menos conscientemente. Pero en la crítica de estos conceptos que se expresan alrededor del término «distancia social» encontramos la encrucijada crítica: ¿es la ley económica, encontrar el resultado más ventajoso con el menor esfuerzo posible, la causa de que no se haya iniciado por un grupo el esfuerzo por acercarse más íntimamente? Desde este punto de vista los panameños deberían hacer esfuerzos más grandes por acercarse a los norteamericanos. O ¿es el mundo emocional, de las consideraciones apasionadas el que sigue empujando este estado actual de las cosas por la lógica de la ley de la inercia? Porque nos hemos preocupado en ser realistas damos a este problema una solución que viene sólo a través de la localización de los males. Porque creemos, con los que dicen que el miedo sólo puede ser controlado por el conocimiento de la causa que lo produce.

Esta distancia social está asentada en los conceptos de los «old timers», con sus límites de comprensión hacia los nuevos problemas, sus marcadas tendencias sociales, sus viejos conceptos que flotaban en el ambiente en que se formaron, el lenguaje que no les interesa aprender, el concepto de superioridad del mundo de éllos y de la inferioridad del mundo de los demás.

Esa distancia social, además, se debe a la falta de cooperación individual entre ambos grupos. La parte descriptiva nos ha hecho

ver una relación de jerarquía en donde los panameños toman los puestos subordinados y los norteamericanos disfrutan de los puestos de mando.

La parte descriptiva de este trabajo nos mostró que los Estados Unidos habían ayudado a nuestra independencia política, que les era permitido reestablecer el orden y la tranquilidad pública por medio de las intervenciones armadas. Estos hechos históricos nos describen la desigualdad entre ambas naciones, una nación débil al lado de una poderosa y como resultado de esta desigualdad diferentes medios sociales, políticos y económicos.

Los reclamos y las acusaciones mutuas nos llevan a la conclusión de que en ese ambiente una disgregación social ha sido inevitable. Los recelos emocionales de quien ve en los panameños mestizos o negros, las acusaciones de los panameños contra el imperialismo y el concepto de fanfarrones que expresan, nos muestran que ese estado de fricción no viene de una sola de las partes sino que nace de la correspondencia de sentimientos. Cuando el panameño se siente explotado, cuando recurre a los trabajos de la Zona del Canal por las necesidades apremiantes de la vida, cuando el norteamericano entiende que cumple los tratados públicos, que la soberanía panameña no es perjudicada o cuando considera a esta nación como satélite, las fricciones se acentúan y los insultos de un lado provocan los del otro. La falta de un sentimiento de reciprocidad no puede llenarse por documentos públicos sino sólo por la labor efectiva de hombres de buena voluntad.

Pero en todo este campo analítico, ninguna fórmula nos dice tanto como la que se expresa a través del concepto de superioridad del grupo propio y la tendencia a esquematizar los individuos pertenecientes a grupos diferentes.

4.—*Esquematización social.*—Este término resume un fenómeno social muy conocido, y cuya fase final se resuelve en la eliminación del individuo como tal y en su identificación con el grupo del cual forma parte. Como si él, el individuo, no existiera fuera de un todo, su grupo. Como si el individuo no existiera con sus cualidades propias, sus características, sus vicios y sus virtudes propios.

Cuando el hombre de la calle cita a los «judíos», a los «chombos», a los «gringos», a los «latinos», se olvida de que en esos grupos existen individuos diferenciados. Para él todos los «judíos» son iguales, todos los «latinos» son iguales, todos los «chombos» son iguales, todos los «gringos» son iguales. Todos son una misma cosa, un grupo uniforme, completamente identificado.

Los rumores populares, la falta de información, experiencias propias con individuos que pertenecen a ciertas colectividades van formando ideas fijas sobre todos los otros individuos que forman parte

de esa misma colectividad. Por lógica, con un sentido de análisis, sería fácil presuponer que no todos los individuos que forman una colectividad son iguales entre sí, y están completamente identificados. Pero no se recurre al esfuerzo mental sino a la dejadez perezosa e intranquilizante de la emoción. Y el individuo viene a ser el grupo.

Esta esquematización social se produce en nuestro medio y produce así fricciones y disgustos. Entre estos dos grupos de norteamericanos y panameños no hay personas, individuos, sino «gringos» y «latinos». Y el concepto que se puede formar de un individuo está anteriormente formado bajo la influencia de un prejuicio, por el hecho de ser «gringo» o ser «native». La opinión que se forma de los problemas de uno de esos grupos se ha consultado primero con creencias, conjeturas, con ideas fijas.

Estos dos términos: la creencia en la superioridad del mundo propio (y consecuencialmente en la inferioridad del mundo ajeno o de los grupos de afuera) y esquematización social, ya de por sí solo, indican un complejo de conceptos que nos hacen ver la dificultad en resolver con consideraciones de la lógica y de la razón, esta intrincada cuestión social entre norteamericanos y panameños. Ellos envuelven el concepto de disgregación social y las diferencias raciales, que tanto perjudican en el deseo de fomentar relaciones positivas.

Pero por otra parte, sus orígenes son tan sutiles, por decirlo así, que éllos, que se basan tan hondamente en la vida emocional, aparecen a la larga, como motivos de origen material, de competencia económica, de fácil solución práctica.

Quizá ahora podamos ver mejor por qué ellos convierten los tratados públicos, los compromisos de gobiernos, en meros intentos literarios, en esfuerzos que sólo fuerzan a los pliegos en que esos tratados están escritos. Como conceptos que traducen en términos cortos la larga trayectoria en que se agita la vida anímica, lo emocional, y la búsqueda sensacional en resolver esas emociones, éllos quizá no puedan darle una idea concreta a los indiferentes. Pero como conceptos precisos de la ciencia éllos ayudan grandemente a los que van tras la verdad, a los que sufren de la inquietud de saber el por qué y la causa de un problema.

No hay panameño, que se interese en este problema que no exprese en forma cruda la mayoría de las veces, que el «gringo» se cree superior, que considera a los panameños inferiores. Este concepto tiene tal fuerza en las mentes que influídos por él trataremos de hacer un análisis del concepto como tal.

5.—*Complejo de superioridad del grupo propio.*—Lo que se conoce bajo el término de «superioridad del grupo propio» es un complejo de prejuicios y emociones, que tienden a formar en la mente del indi-

viduo la convicción de que su grupo es superior a todos los otros grupos, que las cualidades de su grupo son mejores, más poderosas, más completamente desarrolladas. Esta idea está afectada por hechos que muchas veces no tocan al individuo ni lejanamente. Al hablar de los pugilistas de su grupo dirá que son los mejores, sus mujeres son las mejores, los productos que crean sus fábricas los mejores, no hay nada más veloz que sus caballos de carrera o sus aeroplanos, ni escuelas con mejores discípulos y profesores que las suyas. Y tomará como cosa propia el hecho de que en su lugar hay muchos millonarios aunque él sea un pobre diablo, y alabará la gracia de sus mujeres aunque él permanezca soltero por no haber sido nunca correspondido. Sustentará su actitud a base del prestigio de los altos rascacielos de su país y hablará de los «records» para demostrar como en su país todo es grande.

Bajo el concepto de que las cosas de su grupo son las mejores nace el concepto de que el mundo que no es el suyo es inferior. Y por ser inferior es digno de desprecio, sujeto a crítica contínua.

Este concepto de superioridad parece estar a la base de las relaciones entre panameños y norteamericanos en el Istmo de Panamá *y de las relaciones norteamericanas con latinoamericanos en general.* El norteamericano piensa que es superior porque al «espíritu americano» le gusta «hacer las cosas y hacerlas pronto». Afectado por esta creencia en la superioridad del mundo propio se comportará en sus relaciones individuales. Y si la política internacional se dirige a la busca de ciertas ventajas materiales este espíritu puede ser bien usado. La política imperialista se explica en parte, tanto como se pueda entender esa creencia en la superioridad del mundo interior y la inferioridad consecuente del mundo de afuera. La política del «big stick» y los efectos que ella ha dejado en los que vivieron bajo su glorificación tiene que repercutir en esta hora.

Pero hay un fenómeno bastante conocido, fácil de ser observado, que viene a darnos una idea de las fuentes que enriquecen la mentalidad del norteamericano en la Zona del Canal.

El viene de un país considerado una gran potencia. Y él lo sabe y lo dice. Viene a un pueblo considerado como cosa inferior. Y así lo siente y lo dice. Y toma la actitud del hombre de la ciudad que va a veranear o pasar unos días al campo. El hombre de la ciudad, por muy poco ambicioso que sea, por pobre que sea, por incapaz que sea, se siente, cuando visita el campo, como un representante de la ciudad. Se considera él mismo como algo superior por el solo hecho de que viene de la ciudad. Entenderá que los hombres del campo son menos capaces que él, se atreverá a decirles cómo debieran hacerse las cosas, se quejará de las faltas de comodidades y cómo ese estado de deficiencia puede ser remediado si la gente del campo tuvieran el espíritu de los de la ciudad.

En una forma este concepto es el que está a la base de la mentalidad del norteamericano. El se siente representante de una civilización desarrollada, superior. Los panameños, que son para él los hombres del campo en la comparación, no saben, son deficientes, debieran arreglar las cosas de acuerdo con los métodos que él puede recomendar. A esta consideración no se opondrá el hecho de que él en su país fue hombre de campo, que pudo haber sido un pobre diablo, alguien incapaz de dar orden, acostumbrado a que lo dirigieran. Pero el concepto de la superioridad del mundo propio es tan fuerte, que él se siente sólo como representante de ese país que tiene una armada tan poderosa, el ejército mejor equipado, las fábricas de Ford, los astilleros de Kaiser, las bellezas de Hollywood, etc., etc., y tantas cosas que aunque lejanas a él en su imaginación las siente como propias; él, como representante de ese país, repetimos, es superior a los del grupo inferior que él puede, naturalmente, mandar.

El resultado de este criterio tiene lógicamente que resultar en fricciones y disgustos contínuos. Aunque para explicarlo fuera necesario acudir al recurso de defensa propia, se ataca por haber sido atacado, se insulta, se dicen palabras injuriosas para responder al insulto y a los términos despectivos. Actitud natural, pero irreflexiva.

6.—*El concepto de superioridad racial.*—Y para avivar la fuerza de esa llama emocional se acude al concepto racial. Un pueblo de negros y mestizos, grupo considerado inferior, despreciado por haber sido esclavo, odiado por haber sido instrumento tan funesto en las guerras de Secesión, que por su mezcla con los indios recuerda el odio de estos a los «caras pálidas», debe mantenerse lejos de las ventajas de un trato de igual a igual. Y nada mas humano y generalmente en uso que esta actitud de buscar a alguien en quien encontrar defectos y entender como subordinado por «derecho natural». Por otra parte si el hombre tiene que actuar bajo la presión de sus antepasados que buscaron la guerra y la conquista, él tendrá que buscar un enemigo, alguien contra quien unirse. Esta herencia atávica de las tribus de cazadores que sometieron a los pueblos de agricultores sedentarios y los de las ciudades que tuvieron que luchar encarnizadamente contra los invasores, de la lucha constante entre los pueblos de la humanidad. Quizá es también la forma mas piadosa de defender el egoísmo humano, la emoción que busca en la lucha el modo de sacudirse de las imposiciones de las costumbres y las reglas sociales. Pero, sea la índole que en realidad tenga, puede añadirse para explicar este concepto de superioridad del grupo y el deseo de triunfar sobre el grupo considerado inferior.

Pero hay una situación existente que nos ha sido informada en la parte descriptiva de este trabajo. La relación de subordinación

del panameño en los trabajos de la Zona, el norteamericano en los puestos de prestigio y de mando.

El anhelo de superación, de mando sobre otros hombres aunque es universal (entendiéndose aquí que no pertenece específicamente a un solo pueblo en el mundo), no es universalmente sentido. O mejor dicho, no es la meta, el fin primordial, la aspiración de todos los hombres. Hay quienes prefieren obedecer, ser mandados; hay pueblos enteros que nos indican esta posición en forma claramente definida.

Pero cuando se representa, o se cree representar el prestigio de un pueblo poderoso lo natural es tomar la actitud del hombre que busca los puestos de mando. Esta actitud que es bien fácil de describir al observar la conducta generalmente seguida por el hombre de la ciudad (y quien se cree representante de los avances técnicos y culturales de la ciudad) en sus relaciones con el hombre del campo, es el motivo emocional que lleva a los norteamericanos a los puestos de prestigio. Quizá se podría sostener que la mentalidad práctica del norteamericano, (por lo menos la versión popular que califica la mentalidad norteamericana de práctica) entenderá que un norteamericano medio despreciaría un puesto de prestigio, pero mal remunerado, por un puesto modesto pero muy bien pagado. Pero no consideramos que estos problemas puedan ser resueltos por la versión popular. La práctica nos indica que el prestigio social o el deseo de conseguirlo, son capaces de oponerse a las consideraciones materiales, aún al deseo de riquezas, mejor dicho, de dinero. Las leyes discriminatorias tienen entre sus fines esenciales dividir no necesariamente, ni precisamente los hombres entre ricos y pobres, sino entre una élite, una clase privilegiada y el resto, una clase inferior. Ellas responden a la mentalidad que se apoya en la creencia de superioridad, y en la comparación de inferioridad de los otros grupos. Una mentalidad que necesita buscar un grupo al que calificar de inferior a fin de hallar un medio de unirse en la lucha contra un enemigo común, alguien en quien achacar los motivos de la situación de disgusto, de insatisfacción, de molestia. Así la «Metal Trade Council», por ejemplo, puede representar los intereses del grupo privilegiado, y las gestiones que ella tome corresponderán a las necesidades que esa lucha imaginaria presupone.

Quizá algunas personas consideren que las discriminaciones en la Zona tienen por objeto prevenir la competencia que puede resultar de la igualdad de oportunidades para panameños y norteamericanos. Podría ser una razón. Hasta cierto punto creemos en la fuerza de los motivos puramente materiales. Pero más fuerte que esa consideración es la que se basa en el concepto de la inferioridad del mestizo, la discriminación racial, el concepto sobre la superioridad del grupo propio y la inferioridad del grupo o grupos de afuera.

PUNTOS DE VISTA DE UN NORTEAMERICANO (1)

Por RICHARD M. BOYD
B. A., The Washington State College.

I

Factores Principales Responsables del Existente Estado de Cosas.

Al tratar de la comparativa escasez de relaciones positivas sadas en amistad, entre panameños y norteamericanos, a quienes de aquí en adelante llamaré americanos, creo que aquel fenómeno se puede atribuír principalmente a tres aspectos en los cuales difieren radicalmente estos dos pueblos — los de extración racial, el desarrollo cultural y social y la organización política. Se debe esclarecer desde un principio que el hecho de que anotemos estas diferencias y que tratemos de comprender su verdadero significado, no es razón alguna para engendrar antagonismos. Es mejor considerar que la *falta* de tales conocimientos es el verdadero creador de reacciones antagonistas.

1.—*El factor racial.* Refiriéndome a la extracción racial, creo aconsejable echar un vistazo al origen étnico del tipo corriente americano. A pesar de que los Estados Unidos han sido una «mezcolanza hirviente» de diferentes nacionalidades, no ha sido este el caso en relación con las razas.

Cada una de las diferentes razas en los Estados Unidos ha permanecido casi segregada, ya que no ha habido una marcada fusión biológica entre ellas. En consecuencia de esto, la inmensa mayoría de los llamados americanos son de origen puramente europeo, y por lo tanto consideramos al típico americano como «blanco».

Quizás los indios de Norte América habrían cambiado esta situación en algo, si se hubiera permitido mezclar su sangre con la de los inmigrantes blancos. Pero este no fué el caso. Los inmigrantes

---

(1) El autor y el director agradecen la cooperación de la Srta. Tita Livia Patiño y del Sr. McKay L. Pratt, en la traducción de este informe del inglés al español.

no vinieron a la América en bandadas de hombres solos, como hicieron los españoles y portugueses. Llegaron con sus familias, casi se puede asegurar que la misma proporción de mujeres que de hombres. No había necesidad de casarse con la indígena, como sucedió en la América Hispana. Por consiguiente, la piel del americano permaneció blanca, a pesar de que en el curso del tiempo su extracción nacional se volvió tan mezclada con otras que resultó difícil determinar de qué países originalmente procedieron sus antepasados.

El estado social del indio en los Estados Unidos se encuentra en un rápido estado de metamorfosis, desde el punto de vista de los americanos blancos, pero es aún considerado en una categoría extraña. Ya que el Indio no fué absorbido en la sociedad blanca, su raza ha sido casi extinguida, aunque con grandes sacrificios de vidas de hombres blancos. Al probar que era un experto guerrillero, y hábil e inteligente defensor de sus derechos si estos eran usurpados, el hombre blanco no puede con justicia considerar al indio como un ser inferior. Tiene que darle crédito de ser hombre entre los hombres. De esta manera la única cosa que el hombre blanco podía hacer para cubrir su mal trato con los indios era crear un odio hacia éllos—odio que fue basado en el astuto ingenio del piel roja y en su cruel manera de pelear.—Naturalmente, el indio solo obraba en la misma forma en que nosotros hubiéramos actuado si la amenaza de un agresor se hubiera cernido sobre nuestras tierras y nuestros hogares. Hubiéramos peleado como nunca antes, y recurrido a los mismos ardides, no importa lo brutal que parecieran. Pero — el hecho permanece — el odio que tenían los hombres blancos a los indios no tenía límites, y el dicho viejo de que «el único buen indio es el indio muerto», no era sólo palabras. Esta era una doctrina a la cual nos adherimos sinceramente.

En efecto, hace sólo unos treinta años que los indios han comenzado a salir de su habitual hueco en que los relegó el hombre blanco. Y al salir de éste han demostrado ser hábiles como estudiantes, atletas, comerciantes, etc. en fin, en todos los aspectos de la vida. Pero, a la vez repito, que mientras que el hombre blanco respetaba al indio, asi mismo lo odiaba, injustamente, sí—pero lo odiaba.

A mí me parece que estas observaciones tienen que ver, básicamente, con el motivo porque los americanos miran con actitud superior a los pueblos latinos. Los americanos preguntan «¿Qué es un latino?» Alguien les contesta: «Un latino típico es el producto de la mezcla de sangre española o portuguesa con sangre india». Inmediatamente el primero dice, «Oh, es un mestizo!», y recuerda las historias que le contaban su padre o su abuelo de los «Siwashes» en los Estados Unidos. El resultado —otro perjuicio formado por los ame-

ricanos antes de siquiera pensar en establecer contacto directo con individuos latino-americanos.

La relación que existe entre el blanco y el negro norteamericanos es, como bien se sabe, un tema muy delicado. Quizás no esté yo autorizado para emitir una opinión al respecto, ya que soy del Oeste y no he tenido contacto directo con el problema. Pero creo que las relaciones entre los americanos y panameños sufren a menudo por causas relacionadas con este mismo problema.

Me parece que la gente del Oeste de los Estados Unidos ve a los negros con un poco de curiosidad, porque los negros son tan escasos—especialmente en el Noroeste. En aquella región el negro recibió igualdad, o mejor dicho, no se le dió, se le puso a su alcance para que él la aprovechara y la gozara. Porque ha sido y es aún, con excepción de las grandes ciudades, una actitud universal en el Oeste aceptar al hombre por su valor personal, sin fijarse en su raza o religión, a menos que éste mismo pruebe su inferioridad. En mi pueblo natal en Idaho Central, por ejemplo, vivía una familia negra. Esta gente tenía casi la misma educación que el resto de la población y el esposo se dedicaba a la misma ocupación que los demás, o sea el de minero. Su familia era aceptada en el seno de la sociedad del pueblo lo mismo que cualquiera otra. Cuando alguien ofrecía una fiesta ellos eran invitados y venían. Cuando ellos daban una fiesta otras personas iban también.

La actitud del hombre del Sur, sinembargo, es muy distinta a la de la gente del Oeste. Este quiere mantener al negro «en su puesto», el cual, desgraciadamente, nunca he oído definir con exactitud.

Lo siguiente refleja la actitud del Sureño, lo más exacto que yo puedo describirla.

Los negros fueron traídos del Africa en calidad de esclavos. Este solo hecho prueba ya en sí que su puesto de hombre entre los hombres no era muy alto — porque, ¿qué raza de hombres de verdad se sujeta a una esclavitud por un largo período de tiempo? Se cree que los verdaderos hombres prefieren la muerte a la esclavitud. Los esclavos no se libertaron *ellos mismos* en la Guerra Civil; lo hicieron más bien los industrialistas del Norte, quienes temían que el costo tan bajo del trabajo de los esclavos podría afectar sus mercados. Sin embargo, la Guerra fué peleada, y fué una guerra sangrienta con el Sur sirviendo de fondo para tan cruel panorama que todavía conserva señales de estrago. El Sur fué derrotado y luego atropellado por bandadas de saqueadores que unieron el insulto a la injuria.

Durante todo este tiempo los negros permanecieron lánguidamente a un lado, como simples observadores. Ellos, sobre quienes

se había basado el entero sistema social y económico del Sur, no sufrieron las heridas que recibió el hombre blanco.

La guerra Civil no fué peleada por la esclavitud, fué el resultado de una civilización que había crecido alrededor del trabajo de los esclavos negros. Cuando una arma caía no era sobre el negro, quien fué la base de esta civilización, sino sobre su amo blanco. Estos amos blancos no se han olvidado, ni tampoco han olvidado como los negros fueron atraídos, después de la derrota de la Confederación Sureña, por la propaganda de los explotadores del Norte («carpet baggers»), ni cómo se inflaron de la noche a la mañana con grandes ideas de dominar a los blancos, hasta la formación de los Klu-Klux-Klans, surgidos del caos para poner rienda al espíritu.

El sureño quiere que el resto de los Estados Unidos lo deje solo con el negro. Considera que es su problema; él trajo al esclavo aquí, en primer lugar, y sabe cómo tratarlo—pero no quiere que ningún extraño se inmiscue, ya que no cree que un «yankee» (natural de los Estados norteños) que nunca ha visto un negro puede aconsejar a un sureño acerca de la manera más apropiada de tratar al negro.

El sureño ha sido enseñado desde la cuna cómo tratar a los negros. Se le ha infiltrado que les debe considerar bajo cierto aspecto. Solamente ha oído una lengua—y es la que habla de la inferioridad del negro.

¿Cómo, pues, podemos esperar, honradamente, que el sureño de los Estados Unidos que viene a Panamá trate al negro panameño como su igual? Sería casi tan lógico como si esperáramos que este mismo sureño hablara un español excelente desde su llegada aquí. El sureño tampoco hace una distinción, en este respecto, entre el negro puro y otras personas de color. Ante los ojos del sureño cualquiera persona que tenga una gota de sangre negra debe ser tratada como un negro legítimo. También, si una persona blanca se mezcla socialmente con negros, es considerada «white trash» —o sea— «una cualquiera» y, desde el punto de vista del sureño típico, manifiesta que quiere ser tratada lo mismo que el negro legítimo.

Y aquí llegamos a un punto muy importante. Muchos americanos en la Zona del Canal ven que hay latinoamericanos en el Rol de Plata, trabajando al lado de los negros, recibiendo el mismo pago, bebiendo de las mismas fuentes de agua, compartiendo las mismas viviendas. Entonces el sureño se dice, «Bien. Si ellos quieren rebajarse al mismo nivel del negro, le están diciendo al mundo que desean que se les considere lo mismo que los negros. Vamos a tratarlos lo mismo, pues».

Así pues, cuando hablamos del americano corriente y su actitud con el latino americano del Istmo de Panamá, debemos considerar de

donde procede este individuo; si del sur de la «Línea Mason-Dixon» o del norte de ella.

2.—*Factores culturales y sociales.* Cuando el tipo de americano corriente posa su planta al sur del Río Grande, entra en un mundo para el cual se encuentra completamente sin preparación. Probablemente habrá leído algunos artículos sobre la América Latina, o quizá habrá visto una película o dos con un fondo latino. Pero no está preparado para la completa realidad. La gente de la cual él ha leído corresponde, como dice el Senador Butler, al «veinte por ciento de la población».

El otro ochenta por ciento, que representa el tipo corriente del latino, está compuesto de un grupo tan diferente del americano como el día de la noche. Generalmente, con poca o ninguna educación formal, viviendo en los terrenos rurales exactamente como vivieron dos o tres siglos atrás, o quizás agrupados en los barrios bajos de las ciudades, ellos representan un cuadro extremadamente difícil para que lo comprenda adecuadamente el americano. Es evidente que existe una falacia en el sistema general de educación de los Estados Unidos. Porque en un país tan íntimamente ligado con la América Latina como lo están los Estados Unidos, parece muy raro que sea tan difícil encontrar una escuela que enseñe la historia latinoamericana, su civilización y su sociología en un aspecto realista.

El hecho de que la diferencia de idiomas sea una barrera entre los panameños y americanos es solamente natural. Pero ésta es una barrera que debiera existir sólo temporalmente. Yo creo que puede existir buena voluntad entre dos personas aun si no pueden conversar corrientemente. Precisamente este sentimiento de buena voluntad y el deseo de desarrollar relaciones más amplias de amistad serán motivos para que al menos una de las dos comenzará por aprender el idioma de la otra persona.

La religión, lo mismo que los idiomas, tampoco la considero yo como una razón primordial para fricción — especialmente desde el punto de vista del americano. Los americanos están acostumbrados a vivir en un país donde se puede ser católico, protestante, o lo que se quiera, sin provocar la crítica ni la condenación de sus vecinos. Por consiguiente, mientras que la mayoría de los latinos son católicos y la mayoría de los americanos son protestantes, yo creo firmemente que esta diferencia no forma una barrera general respecto a relaciones sociales positivas, por lo menos en cuanto se refiere a los americanos.

Una de las grandes desventajas que tiene el tipo corriente de americano que vive en el Istmo, para poder apreciar en su valor real a la civilización panameña, es la de darse cuenta de cómo dependen los panameños de los americanos. Algunas veces he recibido la impre-

sión de que los americanos se sienten algo disgustados cuando ven a un panameño, que maneja un carro hecho en los Estados Unidos, usa ropa confeccionada en los Estados Unidos, y se alimenta en gran parte con productos cosechados en los Estados Unidos, deja caer una moneda panameña, que ha sido acuñada en los Estados Unidos, en una máquina traga-níqueles también hecha en los Estados Unidos, y se queja de la actitud superior que tienen los americanos para con los panameños.

Luego el americano descubre que las mismas calles de Panamá han sido pavimentadas por los americanos, que los acueductos fueron construídos por los americanos, y que la recolección de la basura fue organizada y operada por los americanos, y es, actualmente, todavía administrada por americanos de la Zona del Canal.

Los panameños usan aquí el argumento — que parece pobre al americano del tipo medio — que todo esto fué hecho de acuerdo con los tratados en vigencia entre ambos gobiernos; que los Estados Unidos acordaron sanear a Panamá, como una medida necesaria para la construcción y operación del Canal. Pero esto no convence al tipo corriente del americano. A él esto le parece simplemente una admisión de pereza o de falta de dignidad, al admitir al mundo que los panameños no fueron, ni son, capaces de botar su propia basura, ni operar su propio alcantarillado.

También el hecho de haberle arrendado a los Estados Unidos el uso de la Zona del Canal, situada en el corazón del país, comprendiendo completa jurisdicción sobre todos aquellos panameños que residían allí, o que llegaron después, aparece ante los ojos de muchos americanos como una venta de su propia persona.

Los americanos se aburren de oir a los panameños empleados en el rol de plata quejarse de «mucho trabajo y poca plata». Pero cuando le preguntan a los panameños por qué no renuncian el trabajo en la Zona y buscan algo que hacer en Panamá, la respuesta es generalmente la misma, que no hay trabajo en Panamá o que no pueden ganar lo mismo que en la Zona. Sin embargo, estos mismos trabajadores son los que pegan el grito al cielo diciendo que los «gringos» abusan de ellos, y si por casualidad son carpinteros, les están pagando como ayudantes de carpinteros americanos y que sólo ganan 30 centavos por hora. Realmente resulta algo cómico oír las quejas de un panameño empleado en la Zona sobre lo bajo del sueldo que recibe aquí, cuando, él mismo, admite que su propio gobierno no le pagaría como artesano experto, siquiera un sueldo igual al que le paga el gobierno americano al mas bajo de los ayudantes de su ramo.

El americano piensa que el salario que recibe es bueno y está satisfecho de él. Pero ésta no ha sido siempre la situación. Hubo

una época en que el obrero americano tuvo que trabajar por una miseria, diariamente. Hasta que llegó el momento en que se dió cuenta de que algo marchaba mal. Entonces pensó en buscar la manera de cambiar el estado de cosas. Esto no fué una tarea fácil. Las Uniones de Trabajadores comenzaron a formarse a base de duras luchas. También, se necesitó una gran dosis de paciencia para educar al hombre rico en la teoría de que mientras más sueldo paga más grande serán sus ganacias, a la larga. Hasta que al fin el americano consiguió lo que se propuso, esto es, sueldos más equitativos y una manera mejor de vivir.

Esta lucha se llevó a cabo entre los americanos mismos. Ellos se dieron cuenta que para crear una nación próspera, el mismo pueblo debe crearla—y no recibirla como regalo de algún otro país. Los hombres ricos dominantes fueron despojados de su poder ilimitado de mando y el trabajador surgió de la oscuridad para ocupar su puesto como individuo entre los hombres.

Como resultado de esto, el americano piensa que él mismo se ha ganado el sueldo y las condiciones de vida satisfactorias que disfruta ahora. También piensa que ningún extraño tiene derecho a gozar de estos privilegios sin hacer esfuerzos por conseguirlos. Si los panameños desean buenos sueldos, buenas casas, buena educación, que los consigan ellos, pero que comiencen por conseguir esto en su propio territorio, donde está la raíz del problema. Hay que dejarlos comenzar en la República de Panamá y cuando se efectúe una limpieza general allí, y sea elevado el nivel económico al nivel del americano, verán que el Tío Sam les dará su parte de cooperación.

Yo pienso que realmente ésta fué la idea primordial cuando se estableció el sistema de los «roles» de plata y oro. Creo que no fué hecho con intención de segregar a las personas según su color, nacionalidad o cultura. Básicamente el sistema fué establecido para proveer una división *económica* y nada más.

Es evidente que ha sido desviado de su propósito original. Ahora los «roles» de plata y oro son usados para mantener una línea divisoria social y para determinar el lugar que deben ocupar en el seno de la sociedad los miembros de varios grupos étnicos y nacionales.

Quiero referirme otra vez a lo que he dicho acerca de los negros y los sureños. Cuando el típico sureño, o aquellos que han adoptado la actitud de la gente del Sur, ven a los panameños trabajando al lado de los negros, viviendo en estrecha asociación con ellos, aceptándolos socialmente y hasta casándose con éllos, la reacción inmediata es «bueno, si quieren ser como los negros, aceptando el mismo sueldo que ellos y viviendo en los mismos apartamentos, nosotros los consideramos como tales».

Muchas veces he oído a panameños quejarse de los negros, aseverando que son muy inferiores a los pueblos latinos. Me manifiestan lo repulsivo que es para ellos tener que trabajar con estos, en condiciones de igualdad, comer con ellos, usar las mismas fuentes de agua, los mismos servicios sanitarios, etc., pero al mismo tiempo (y este es el punto que el americano no entiende) ¡lo hacen!

Las quejas no sólo son de parte de los panameños, en contra de los americanos, sino también vice-versa. El americano residente en el Istmo cree que debe estar constantemente alerta, y la noche que ha estado de farra en Panamá, respira en señal de descanso cuando finalmente llega a la línea divisoria de la Zona del Canal. Se siente como si hubiera burlado a los ladrones de cogerse la escasa cantidad de plata que lleve en su bolsillo. En vista del gran número de agentes de policía que existen en Panamá parece increíble que tantos puedan burlarse de la ley como lo hacen. Y el americano piensa que la mayoría de los crímenes están dirigidos contra los americanos, que no reciben mucha cooperación de la policía panameña. Séame permitido dar uno o dos ejemplos.

Me contó un americano que él y su amigo habían estado de fiesta hasta tarde, en Panamá. Regresaron a la Zona a buscar el carro del amigo para ir al trabajo. Pero el amigo pensó que podrían libar unas cuantas copas más, antes de comenzar a trabajar, así que regresaron a Panamá, a una cantina del Chorrillo. El americano que refiere el incidente dice que él no quiso beber más y se sentó en el asiento de atrás del carro y se dispuso a echar un sueño. Las ventanas del carro estaban abiertas.

Estaba casi soñoliento cuando sintió una mano andando por el bolsillo del pantalón donde generalmente lleva su billetera. Sin levantar la cabeza ni dar señales de que estaba despierto, lo agarró por un brazo y comenzó a torcérselo. El presunto ladrón resultó ser un negro panameño que se rindió al enfurecido americano. El americano, aún deteniendo a su víctima, pudo salirse del carro y, al ver a un policía a alguna distancia se apresuró a gritar para atraer su atención. Cuando el policía llegó el americano le explicó que el negro había tratado de robarle su cartera, y que por consiguiente era un ladrón y que debía ser enviado a la cárcel.

«Bueno», dijo el policía, «¿le robó su cartera?»

«No», contestó el americano, «yo lo agarré primero».

«Entonces yo no puedo hacer nada», dijo el policía. «Si en efecto no robó nada, Ud. no tiene ninguna acusación contra él y yo no puedo detenerlo».

Y el negro fué puesto en libertad para que tuviera mejor suerte la próxima vez.

Otra historia que he oído contar de varias fuentes:

Un americano estacionó su carro en la Avenida Central y entro a un almacén a hacer compras. Pudo darse cuenta de que un chiquillo se iba con una variedad de artículos que había dejado en su carro. Salió corriendo de la tienda y agarró al muchacho, cuyos brazos estaban cargados de las cosas que pertenecían al americano.

El muchacho, viendo el predicamento en que estaba, comenzó a patear, morder y arañar, de manera que el americano tuvo que usar considerable fuerza para evitar que el muchacho se fuera. Cuando la policía llegó el muchacho fue puesto en libertad y el americano tuvo que pasar la noche en la cárcel por haber maltratado a un menor de edad.

Yo no creía los muchos cuentos sobre la manera en que ciertos elementos en Panamá arrasarían con un carro de un americano si se les diese una buena oportunidad. Pero esto sólo era porque no había estacionado mi carro en Panamá. Una noche fui a uno de los teatros de la ciudad y dejé mi carro estacionado enfrente. Mi pobre carro es bastante viejo y tiene muy poco vidrio, de manera que no lo cerré (de ninguna manera lo hubiera podido hacer porque las puertas no cierran bien y no tengo ni llave!). Cuando regresé del cine me faltaba una bomba para las llantas. Desde entonces dejo mi carro en la Zona. Y he dejado mi carro estacionado en las calles de Cocolí (en la Zona), por espacio de diez horas, sin experimentar ningún daño, a pesar de que tiene una excelente llanta de repuesto completamente accesible al que quiera hacer uso de ella. Yo me atrevo a decir que en algunas calles de Panamá, el motor todavía estaría caliente mientras que la llanta de repuesto marchaba rodando calle abajo en manos de otra persona.

Muchos americanos no tienen respeto para con los policías panameños quienes, ataviados en sus uniformes hechos por americanos y montados en una motorcicleta hecha por americanos, tocan una orden panameña en un pito hecho también por americanos, para informarle a algún «gringo» que ha cometido un error de tráfico. El mismo policía no inspira respeto cuando sugiere, como muchas veces pasa, que se olvidará del episodio si se le da una pequeña suma de dinero. El americano generalmente la paga antes de perder tiempo de su trabajo para ir al juzgado, pero, como es natural, no se va con una alta estima del policía que acepta un soborno.

Muchos americanos piensan que los panameños los ven como cierta clase de gente que tiene el cielo abierto. A menudo, cualquier tentativa de amistad de parte de los panameños es vista por los americanos como un ataque al bolsillo de este último, directa o indirectamente. El espera que el panameño tarde o temprano le pedirá plata

prestada, o por lo menos que le compre algún artículo en el comisariato del Gobierno de la Zona. Yo creo que esta actitud existe, especialmente en los trabajadores de la Zona del Canal. He escuchado a muchos americanos quejarse de que sus ayudantes les han pedido dinero prestado para pagárselo el día de pago, pero cuando llega este día no aparecen, y si el americano pregunta qué ha pasado, el ayudante contesta que él es un hombre pobre y no gana sino muy poco y que el americano devenga un sueldo muy elevado y es tan rico como un banco y que seguramente no espera ser pagado.

La falta de una organización de trabajadores en Panamá es un factor que hace pensar al americano que los panameños no tienen confianza en sí mismos como grupo.

La Democracia tiene, como base esencial, el reconocimiento de un individuo como tal. Pero este reconocimiento individual sólo puede ser obtenido cuando se actúa colectivamente. Cuando los panameños se quejan de las atrocidades que se cometen contra éllos en la Zona en cuanto a discriminaciones raciales, de sueldo y clase de trabajo y del aire superior que asumen los americanos, se olvidan que tienen en sus manos la misma arma que tuvieron los americanos cuando ganaron su actual estructura económica. Esa arma es la acción colectiva y coordinada. Yo he visto a panameños ser castigados por alguna falta que no cometieron, por algún testarudo jefe americano que no respeta los derechos personales, y que no tenía razón en tomar las medidas que tomó. Pero el panameño soportó esto, ignoró el edificio de la administración donde existe una «Sección de Quejas», y se trasladó a Panamá a echar más leña al fuego que ya está ardiendo ocasionado por el «imperialismo» americano. Yo sostengo que el panameño que no se queja a las debidas autoridades cuando tiene un reclamo que hacer es tan culpable como el jefe americano que le castigó injustamente.

Por ejemplo—había un obrero panameño trabajando en mi taller hace ya algunos meses. Pertenecía al Club Elks y era miembro activo. Dió la casualidad que el Club celebraba una reunión la noche de un sábado y el panameño había hecho planes para asistir. Pero también dió la casualidad que el jefe del trabajo le pidió a éste hombre que regresara a trabajar el sábado en la noche, después de que él ya había trabajado sus ocho horas de ese día. El hombre replicó que no podía, ya que debía asistir a esta reunión. El jefe contestó que tenía que venir a trabajar si quería evitar consecuencias desagradables.

El panameño no fué a trabajar la noche de ese sábado y el lunes en la mañana cuando regresó a su trabajo fué suspendido por cinco días. Pero, ¿se quejó él? No—por lo menos no a aquellos que hubie-

ran podido oírle y hacer algo. Si esto hubiese sucedido a un americano las bases del Edificio de la Administración hubieran temblado. Y si no hubiera obtenido un resultado favorable, la Unión de Empleados se habría encargado del asunto.

En resumen, yo creo que es correcto decir que el tipo de americano corriente se considera superior al tipo de panameño corriente, porque el americano ha mejorado el nivel de vida del hombre común, por la acción colectiva de los hombres comunes, mientras que el panameño se ha dejado ultrajar por muchos años, ya por su propio gobierno o por extraños.

3.—*Las diferencias de la organización política entre las dos civilizaciones* es un punto que con frecuencia pasan por alto ambas partes. Los americanos critican a los latinos de ser personas que están medio dormidos en sus puestos, que dejan que las oportunidades pasen sin tratar de aprovecharlas. Pero todo esto tiene sus bases en el desenvolvimiento histórico de los dos grupos culturales. Cuando Inglaterra comenzó a colonizar a la América del Norte, ella se apartó considerablemente del antiguo sistema feudal y una extensión considerable de gobierno propio fué permitido en las colonias inglesas. La distinción de clases se extinguía rápidamente, los derechos inherentes del individuo comenzaban a reconocerse y las iniciativas sanas y originales del hombre del pueblo se hacían efectivas. Se había concedido que, quizás, los *cerebros* de una nación no eran enteramente limitados a un grupo privilegiado. En esto se encuentra, en su mayor parte, la explicación del fuerte individualismo americano. La competencia ha sido aceptada como un poder creativo sobresaliente de la civilización americana.

Por otra parte, la América Latina todavía está sufriendo los efectos del sistema tradicional semi-feudal de clases y de la falta de verdadero gobierno popular. Los latinos en su mayoría, todavía aceptan sus posiciones sociales y económicas como algo hereditario y hacen poco o nada para cambiarlas a su favor. Por eso es por lo que, en algunas naciones latinoamericanas, existen gobiernos semidictatoriales, o dictatoriales. La actitud más o menos indiferente del pueblo les favorece. El pueblo acepta las condiciones como inevitables y, con excepción de algunos golpes y atentados revolucionarios, de significado limitado, hace poco o nada para remediar la situación básica.

Pero esto no nos justifica para emitir juicios desfavorables sobre el carácter de la gente. Si se les dá la debida oportunidad para crear verdaderas instituciones democráticas, no hay razón para creer que el pueblo latino no figure igualmente con los norteamericanos, con respecto a fuerzas productivas y creativas, en el mundo moderno.

II

Típicos Conceptos Falsos con Respecto a Nuestras Relaciones con los Latinos que Precisa Combatir.

Hasta ahora nos hemos enterado de algunas de las quejas y críticas hechas de parte de los americanos contra los panameños, en las cuales se deja ver por sí solo el estado poco satisfactorio de las relaciones sociales que existen entre la mayoría de las dos nacionalidades en el Istmo. Parece lógico. por consiguiente, determinar por qué se hacen estas cortantes acusaciones. No creo que sea necesario, sin embargo, detallar cada palabra dicha, ni cada historia donde se ha protagonizado al latino como un villano, para buscar las causas de estas acusaciones.

Probablemente no encontraremos ninguna causa concreta de tales antagonismos, con excepción de que ciertos individuos de un grupo tienen desavenencias con individuos del otro grupo—casos en que los miembros de ambos grupos han sido responsables de lo ocurrido. Lo lamentable es, sin embargo, que con demasiada frecuencia se juzguen los errores individuales como actitudes representativas del grupo entero al cual pertenece el individuo. Esto resulta en aquellas generalizaciones que hacen tanto daño, al latino así como al americano.

Al resumir las diferencias entre los latinos y los americanos, y tratar de ofrecer ideas para ayudar a los americanos en sus relaciones con sus vecinos del Sur de la frontera, y sobretodo en el Istmo de Panamá, debe recordarse que todos los prejuicios son provocados por motivos emocionales y que no están basados en una apreciación racional de todos los factores que contribuyen a una determinada situación social concreta. Por lo tanto, son especialmente difíciles de tratar satisfactoriamente. Cuando existe una diferencia de opinión acerca de algún hecho, es bastante fácil analizar y resolverlo simplemente usando hechos. Pero cuando un problema surge de las diferencias de las características étnicas, o puramente por diferencias culturales, en seguida la situación se complica debido a la tendencia de formular generalizaciones precipitadas y vagas.

Debemos, pues, esforzarnos por evitar generalizaciones lo más que sea posible, y tratar de basarnos en los hechos.

1. *Falta de preparación de los empleados de la Zona del Canal para una mejor comprensión de sus vecinos latinos.*—Mientras que el Canal de Panamá es una institución que ha tenido mucho éxito en mantener relaciones pacíficas entre las diferentes nacionalidades que se encuentran trabajando juntas en el Istmo, todavía hay grandes

oportunidades para mejorar estas relaciones, en el sentido de basarlas no sólo en la relativa falta de violencia, sino en comprensión mutua.

El empleo del personal americano en la Zona del Canal es basado casi totalmente en la habilidad del interesado para desempeñar las funciones inherentes a su ocupación particular. Generalmente se le somete a un estricto examen antes de salir de los Estados Unidos para asegurarse de su capacidad en desempeñar el puesto respectivo. También se le hace un examen físico para determinar si se puede adaptar al clima tropical o no.

Parece lógico, entonces, que se incluya un examen para determinar la congeniabilidad del individuo con sus vecinos inmediatos—los latinos. Si el candidato demuestra que tiene prejuicios, no debe ser aceptada su solicitud por empleo. Todos los que vienen a la Zona por primera vez debieran ser obligados a tomar un curso de conferencias tan pronto como lleguen, para facilitarles una comprensión adecuada de la cultura y las idiosincracias del pueblo latino. Debieran fomentarse reuniones informales y discusiones entre americanos y panameños. Sería por supuesto erróneo creer que se pueda obtener una perfecta idea de la cultura latina, de esta manera, pero aún en caso de que no resulte otra actitud que la de «Vivamos y dejemos que los demás vivan», se habrá conseguido un gran adelanto.

El americano encontrará más fácil formarse una comprensión adecuada del panameño si éste (el americano) aprendiera a considerar a Panamá como una nación comercial. Panamá nunca ha podido ser un centro de industrias manufactureras, ya que le faltan casi todas las materias primas que son esenciales. Panamá no debe ser criticada por su escasez de productos nativos, como no puede ser criticado un estado o ciudad en la Unión por carecer de autosuficiencia económica. Considerándose en total, puede decirse que Panamá sencillamente no puede ser autosuficiente, como efecto inevitable de su situación geográfica, de intermediario entre dos océanos. La frase, «Miren lo mucho que depende Panamá de los Estados Unidos» debe cambiarse por «Panamá parece ser una buena cliente de los Estados Unidos».

Los americanos no deben olvidarse del hecho de que la Zona del Canal, a pesar de que está habitada en gran parte por ciudadanos de los Estados Unidos, no es una región típica de la vida de los Estados Unidos. En ninguna parte de los Estados Unidos existe tal estado de cosas, donde no hay desempleo, o barrios bajos, ni ningún problema serio de desorganización social. Por consiguiente, cuando un americano hace comparaciones de la Zona del Canal con la ciudad de Panamá está haciendo una comparación injusta.

El americano no puede, pues, concebir que una persona con un poco de sentido común, no salte de alegría cuando se le brinda la más pequeña oportunidad para adaptarse al modelo que le presenta la manera de vivir americana.

Algunos americanos, aparentemente, no se dan cuenta de que una amistad verdadera y duradera sólo puede conseguirse a base de completa comprensión. Ni tampoco se dan cuenta de que para lograr tal comprensión entre dos culturas diferentes se requiere un genuino esfuerzo. Mientras que el americano indudablemente posee un tesoro de conocimientos técnicos que necesita el latino y que éste está dispuesto a aceptar, en muchos casos, desgraciadamente, le faltan al americano los conocimientos de la historia y estructura social de los pueblos latinos que son indispensables para formar una actitud comprensiva y una disposición a interpretar adecuadamente las experiencias que haya hecho con latinos.

3.—*Falta de disposición de ofrecer a los panameños oportunidades de aprender artes y oficios prácticos en la Zona del Canal.*—Hay muchos americanos que no parecen dispuestos a enseñarles a los panameños cuando éstos muestran interés en aprender algún arte u oficio. Los aprendices panameños en los talleres de la Zona del Canal prácticamente no existen. El americano debiera preguntarse a sí mismo por qué ve de tan mala gana que un panameño aprenda un arte práctico. ¿Piensa, tal vez, que el panameño resulte tan buen especialista en este arte como el americano y que, por esto mismo, los panameños puedan eventualmente hacerse cargo de los empleos de la Zona?

4.—*La creencia en la superioridad de la raza blanca.*—Reconozcamos que el problema racial es bastante pronunciado en muchas relaciones entre americanos y panameños. Si se desea que estos dos pueblos vivan en armonía, se debe naturalmente asumir que aquellos individuos que albergan pronunciados prejuicios raciales no deben conseguir la oportunidad de practicar estos prejuicios donde puedan provocar sentimientos antagónicos.

El que los panameños opinan que los americanos dan un énfasis exagerado al asunto del color se desprende del hecho de que entre los varios puntos de una petición recientemente presentada por los trabajadores panameños en la Zona del Canal a la Conferencia Internacional del Trabajo, en Filadelfia, en 1944, el primer punto en importancia en la lista se refería a lo que se afirmó como segregación del obrero panameño simplemente por diferencias «raciales».

El tipo de americano corriente siente orgullo por las conquistas científicas de su país. Acepta los resultados de las investigaciones de sus científicos en casi todos los campos y con perfecta fé los aplica

En este respecto yo creo que el Canal de Panamá ha pasado por alto la oportunidad de mejorar las relaciones entre los dos países. En realidad, creo que ha dejado que las relaciones se entibien bastante debido al asunto del color. Mientras que mantengo que la idea básica de los «Roles» de Oro y Plata fué originalmente la de diferenciar las escalas económicas prevalecientes, esto ha servido para degenerar en una clasificación de color.

Todo el mundo sabe que en algunas partes de los Estados Unidos existe una división racial muy estricta, y reconoce que el pueblo de los Estados Unidos está en perfecto derecho de seguir con estas prácticas inter-raciales en su propio país, si quiere, pero el problema se plantea cuando uno pregunta hasta qué punto pueden ser practicados estos prejuicios en territorio extraño y en casos en que ejercen influencias desfavorables sobre las relaciones de los Estados Unidos con otros países.

5.—*La esperanza de lograr resultados inmediatos.*—Una de las características más marcadas del americano es que cuando se dispone a hacer algo, generalmente espera que dé resultados de la noche a la mañana. De ahí, que construímos barcos en un día más o menos, y aviones que cruzan el continente en menos de 24 horas. Cuando el americano tiene una idea, no descansa hasta no haberla llevado a la realización y haber obtenido los resultados esperados.

Por consiguiente, cuando la política del buen vecino quizás no ha obtenido los resultados tan rápidamente como el americano deseaba, éste se muestra impaciente y se imagina que los latinos están abusando de su buena voluntad. El americano no se dá cuenta de que la política «del buen vecino» debe ser considerada como una inversión a largo plazo, para que así vean los latinos que ésta no es un antojo pasajero de los americanos sino realmente algo deseado por todos como estado permanente de cosas.

Si los americanos quieren eventualmente ganarse la confianza y amistad de los pueblos latinos, deben estar preparados para sufrir ciertos decididos trastornos, en ese respecto. Estos trastornos pueden ocurrir como resultado de medidas poco convenientes (desde nuestro punto de vista) de la política exterior, medidas nacionalistas dirigidas contra las inversiones de capital extranjero o en otras formas, las que el americano indudablemente interpretará como falta de aprecio de algo que en su propio concepto de cosas, es de gran valor. Estos infortunados acontecimientos pueden atribuírse en parte, a la falta de comprensión de parte del americano, para darse cuenta de que está tratando con personas que le dan valores diferentes a las cosas, de los que está acostumbrado el americano. Un premio que le parecería irresistible al americano típico puede atraer po-

co o nada al latino, y por consiguiente ni estimularlo a tomar acción. En realidad, le podrá parecer hasta absurdo.

6.—*Falta de no tomar en cuenta las diferencias entre las escalas de valores que rigen en las dos civilizaciones*—Tales diferencias de las escalas de valores pueden dar lugar a un mal entendimiento mutuo entre los latinos y americanos. Un americano, lleno de entusiasmo hacia el buen vecino, comenzará a practicar sus convicciones haciendo algo para sus conocidos latinos. Naturalmente, con sus costumbres americanas, se acerca a ellos en la forma que su sociedad estima propia y correcta. Si tiene suerte, todo resultará bien. Pero si la diferencia que existe entre las dos culturas se pone de manifiesto, su gesto de amistad puede ser recibido con poca gratitud, o quizá con un poco de recelo, como si sus intenciones y actos no pudieran ser debidamente interpretados.

Muchos americanos se desentienden de los latinos una vez que experimentan algo por el estilo, diciendo que ellos son un grupo de personas sin aprecio y que toman lo que se les da como cosa corriente como si los americanos se lo debieran. Infinidad de veces, los latinos aceptan estas muestras de amistad simplemente porque un «gringo» les ofrece algo y piensan que es lo correcto aceptarlo. Y como no conocen qué reacción de su parte fué esperada por el «gringo», siguen al viejo dicho de «cuando estés en duda, no hagas nada.»

El americano con frecuencia acusa a los latinos de falta de reciprocidad Cuando una persona hace algún favor, o alguna buena acción desea recibir algo, en alguna forma, en compensacion de esto. Por ejemplo, un americano residente de la Zona del Canal puede amistarse con panameños, como resultado de trabajar junto con ellos. Puede invitarlos a su casa en la Zona. Asume que algún día será invitado a los hogares de sus compañeros en Panamá. El detalle está en que mientras el americano en referencia puede ser considerado, según el tipo de su habitación y modo de vivir, como miembro de la clase media, o quizás más bajo que la clase media, a base del nivel de vida americano, el tipo de panameño corriente cree que la casa del americano es mucho mejor que las casas típicas de Panamá y que este se sentiría mal viniendo a ellas. En otras palabras, el tipo corriente del americano goza de un «standard» de vida mucho más alto del tipo corriente del panameño, de manera que este último se muestra renuente a invitar al americano a compartir comodidades decididamente menores. El panameño, quizás, lleve a sus amigos americanos, a pesar de que le afecte el bolsillo grandemente, a los mejores clubes nocturnos de Panamá, pero una invitación a una casa de familia de clase media es muy rara.

Esta pequeña muestra de orgullo de los panameños mientras que parece superficialmente como la manera correcta de tratar a sus

amigos americanos, puede, realmente, y lo hace, traer un mal entendimiento en la mayoría de los casos. Porque después de un tiempo el americano piensa que quizás él no es bien recibido en los hogares panameños, y que quizás su amigo se avergüenza de él o de ser visto agasajando a americanos en su hogar. Después de un tiempo, el americano se aburre de llevar a su casa a sus amigos panameños sin recibir una invitación recíproca, y gradualmente, o bruscamente, de acuerdo con la técnica individual, la amistad se disuelve.

Pero aquí también encontramos una manifestación de una diferencia cultural. El americano típico diría, «qué importa lo que parece la casa; si él es mi amigo, yo no sé por qué no puedo ir allí». Pero el panameño piensa diferente. La noción del «decoro» está imbuída en él tan profundamente que uno quizás puede asegurar que la «apariencia» significa para él más que el cultivo de una amistad, si por este cultivo su «decoro» puede ser afectado. La dignidad personal para el latino es sumamente importante, mientras que para el americano es una cosa deseable, pero que se puede poner a un lado, sin interfiere con las condiciones generales existentes.

Recomendaciones Finales

Por Richard M. Boyd y Ramón Carrillo

Sintetizaremos las recomendaciones prácticas para el mejoramiento de las relaciones entre panameños y norteamericanos en el Istmo de Panamá:

1. Intensificar la enseñanza de los dos idiomas en los dos distintos grupos.

2. Intercambio de conferencias y de conferencistas realmente competentes.

3. Introducción de cursos en Geografía, Historia y Civilización latinoamericanas y del español en la Zona del Canal dictados por maestros panameños cuidadosamente escogidos y de cursos de Geografía, Historia y Civilización norteamericanas y del inglés en Panama y Colón dictados por maestros norteamericanos, también escogidos con todo cuidado, con el fin de hacer conocer mutuamente los aspectos de las dos distintas civilizaciones, en la forma más acertada.

4. Crear un entendimiento mutuo y adecuado y relaciones positivas entre los individuos de todos los grupos que conviven en el Istmo, por medio de asociaciones libres de uno y otro lado, por grupos de las escuelas (al tratarse de norteamericanos y panameños) y por medio de los «clubs de Inglés» o «clubs de Español», formación de sociedades culturales interesadas en los problemas de los otros grupos (ejemplo: «Centro Ricardo Miró» en el Junior College de la

Zona del Canal y el «Grupo Musical Herbert», en el Conservatorio Nacional de Música de Panamá), con la participación de individuos apropiados del otro lado.

5. Formación de grupos mixtos pequeños, favorables a la intimidad, entre personas interesadas en los mismos problemas (maestros de escuela, maestros de obra, músicos, deportistas, ingenieros, etc.).

6. Considerar la ausencia de prejuicios raciales en los nuevos candidatos norteamericanos a empleos en la Zona como un prerequisito para su empleo, además de sus calificaciones físicas y técnicas.

7. Cursos de divulgación de la civilización, problemas sociales y costumbres latinoamericanos y panameños a los nuevos empleados de la Zona del Canal que procedan de lugares fuera del Istmo, parcialmente con conferencistas latinoamericanos verdaderamente autorizados y representativos, ofreciéndoles a los oyentes oportunidades de ponerse en contacto con instituciones y círculos panameños apropiados.

8. Una política que tenga como fin la eliminación de un cuerpo burocrático en la Zona representado por grupos familiares, o por una mayoría de individuos nacidos en una sola región.

9. La renovación del elemento norteamericano de ascendencia sureña, y si esto no es posible, la mezcla de este elemento entre grupos más numerosos de otras regiones. (Esta medida sería transitoria mientras dure la influencia de los «old timers»).

10. Permitir la pertenencia en agrupaciones de artesanos, profesionales, gremios y asociaciones vocacionales a ciudadanos de los dos países.

11. Abolición de las prácticas encaminadas a excluír a los latinoamericanos del aprendizaje de las técnicas especializadas, mediante la monopolización de ciertas herramientas por miembros del rol de oro.

12. Aceptar en las escuelas de aprendices en la Zona del Canal a jóvenes panameños. (La aceptación y el aprendizaje no presuponen la colocación de esos panameños cuando terminen el curso de aprendizaje, pero si indica la adquisición de conocimientos prácticos de acuerdo con las demandas de ese mercado de trabajo, y además una forma de cooperación que señala el camino a relaciones positivas).

13. Preparar al estudiante panameño en las escuelas de Panamá en forma más práctica para los trabajos artesanos y profesiona-

les (ejemplo: lectura de planos para carpinteros, plomeros, etc., manejo adecuado del «contómetro» para oficinistas, etc., etc.)

14. Clasificar al empleado en la tarjeta de elegibilidad, no de acuerdo con su apariencia física exterior, sino de acuerdo con su competencia de trabajador en el ramo en que trabaja.

15. Eliminar, aunque sólo sea en los documentos oficiales y en los sitios públicos, los términos «gold roll» y «silver roll».

16. Establecer oficinas de los dos gobiernos interesedas en conocer las causas de fricción y de pulsar la opinión pública de su grupo respectivo obligándose a informar sobre esas investigaciones, a la oficina del otro grupo.

SOME ASPECTS OF SOCIAL RELATIONS BETWEEN LATIN AND ANGLO AMERICANS ON THE ISTHMUS OF PANAMA

By

RAMÓN CARRILLO

and

RICHARD M. BOYD

Papers prepared in connection with a Seminar on «Basic Social Problems of Latin America,» in the Institute of Social and Economic Research of the Inter-American University, year 1943-1944.

CONTENTS

PÁGINAS

Foreword. By RICHARD F. BEHRENDT 707

Viewpoints of a Panamanian. By RAMÓN CARRILLO . . . 713

Introduction 713

I. Effects of Political Relations Between the Two Nations. 714

1. Some Historical Considerations 714
2. Interventions and Supervisions 716
3. General Effects of Political Relations 719
4. The Good Neighbor Policy 720

II. Effects of the Relations of Discrimination in the Canal Zone 721

1. «Gold» and «Silver» Roll 721
2. Employment Agencies in the Canal Zone 723
3. Human Relations 725
4. The Language Problem 725
5. Discrimination in Employment 728
6. Employment Policy of Some Foreign Companies on the Isthmus 731

III. Individual Contacts with North Americans in Panama 732

1. Some Types of Individual Contacts 732
2. Occasional Contacts 734
3. Effects of These Contacts on the Isthmus 736
4. Social Distance 738
5. Relations Between Persons of Different Sexes from the Two Groups. 739
6. Conclusions 741

VI. The North American Influence on Panamian Customs 742

1. Influence of the Movies, Fashions, Technological Progress, Sports, etc. 742
2. Some Concepts of Social Psychology of the Two Peoples 744
3. Anglo-American Influence Upon Our Language . . . 746
4. Criticism of These Influences 748
5. Influence of the North American Race Idea and Attitude 749

PÁGINAS

V. Analysis of Principal Determining Factors . . 752

1. Historical Factors. 752
2. Basic Contrasts Between the Two Nations 755
3. Social Distance. 757
4. Social Schematization. 760
5. The Complex of Superiority of the Own Group . . . 762
6. The Concept of Racial Superiority 764

Viewpoints of a North American. BY RICHARD M. BOYD . . 766

I. Principal Factors Responsible for the Existing Situation 766

1. The Racial Factor 766
2. Cultural and Social Development 769
3. The Differences of Political Organization 775

II. Typical Mistakes in Regard to Our Relations with Latin Americans 776

1. Failure to Prepare Canal Zone Employees for a Better Understanding of Their Latin Neighbors 776
2. The Idea that Latin Americans Should «Americanize» Themselves 778
3. Failure to Offer the Panamanians Opportunities of Learning Trades in the Canal Zone 779
4. Belief in the Superiority of the white Race 779
5. Our Impatience to See Results 780
6. Failure to Take Account of the Differences in the Scales of Values of the Two Civilizations 781

Final Recommendations. BY RICHARD M. BOYD and RAMÓN CARRILLO 783

FOREWORD

America is the only major region in the world of today which has largely been spared from the curse of political, economic, and social anarchy and material destruction of our time.

It seems as if this state of relative safety has given rise to the impression among many well-meaning people that within this hemisphere we have to face no major problems of international intercourse. The inauguration of a friendly policy toward Latin America based on the principles of voluntary cooperation and respect for the independence of the countries to the south has lead increasing numbers of North Americans to refer to the Latin Americans as «our neighbors.» And there can be no doubt but that relations between the Anglo-Saxon and the Indo-Hispanic sectors of America have improved in several respects during these past eleven years.

Particularly during the last few years the war in Europe, the elimination of that continent as an object of tourist travel, and the strategic and economic requirements of the war emergency have brought about contacts between Anglo and Latin Americans in ever increasing numbers. Fortunately, there is little doubt that many of these contacts will be maintained, intensified and perpetuated in the postwar period when the two great sections of the New World will need each other more than ever before.

Yet it would be an altogether facile and even dangerous illusion to overlook or ignore the fact that relations between average citizens of North and Latin America are still far from satisfactory in most of those places where the «average», more or less typical individuals and groups are exposed to direct contact, instead of mere second-hand information of a literary nature.

These purely human relationships constituted hardly a problem as long as contacts between North and Latin America were practically limited to a few diplomats, business men, and scholars. Now, and increasingly so in the future, ever greater numbers of not particularly trained or even interested people from both sections will have an opportunity to travel to each other's country. Future inter-American relations will come to depend more and more upon the way these average people will get along with each other — or fail to do so.

It is a nowadays popular but potentially harmful mistake to assume that the mere fact that the «common» people of two cultural or national groups meet each other is sufficient to assure satisfactory relationships and mutual understanding between them. It seems necessary to combat the superficial and utterly irrealistic notion that tourist travel and exchange of students in itself is conducive to such mutual sympathetic understanding and rapprochement. It should be remembered that the Germans used to be the most avid travelers in other European countries and the most fervent admirers of those countries' artistic and scenic beauties....Nor can it be said that the fact that the British tourists used to spend much money in France and Italy, just as the North American tourists do now in Mexico and Cuba, had enhanced the mutual friendly understanding, before the present war.

Nor is a one-sided acquaintance with the «picturesque» features of another civilization — as reflected in the publicity of travel agents and roving reporters —, its entertainers, moving picture stars and night club attractions conducive to an adequate appreciation of its essential aspects or of the character and every-day life of the people concerned.

In the face of an increasing trend of public opinion to the contrary it seems necessary to point out that the mere multiplication and perfection of the technical means of communication — such as we experience in our time, more than ever before — in itself involves as many potentially harmful effects as beneficial ones, just like any other technological progress. It all depends on whether we are capable of putting those material achievements to best advantage or whether we make them serve our collective superstitions, prejudices, and ignorance — that is, essentially, lack of mental balance and moral and intellectual leaziness. This latter many of us have consistently preferred to do as far as international relations were concerned, thus using the unique material progress of our era for destructive rather than constructive purposes.

The very fact that contacts among members of different ethnic, cultural and national groups have been multiplied, although not necessarily intensified, during this war has created numerous and grave problems in human relationships with which we have hardly begun to cope.

Experience has demonstrated on innumerable occasions and in many parts of the world that the differences of background, mores, and attitudes — quite apart from the relatively technical handicap of differences in language and economic status — cannot be bridged successfully unless the participants have not only good will but also

acquired a previous adequate acquaintance with and a sympathetic understanding of some of those basic characteristics of the other group which are likely to interfere with each other's evalution, and unless these people are also willing and able to adjust their own attitude accordingly.

Experience in contacts between Anglo and Latin Americans has often shown that these prerequisites were not fulfilled. Every serious and sincere student of the subject knows that precisely in the three areas of the New World where sizeable groups of Americans of Indo-Hispanic and Anglo-Saxon background are in close and permanent contact — the southwestern United States, Puerto Rico, and the Isthmus of Panama — there have existed and continue to exist serious problems. One of the most disturbing symptoms is perhaps that there are still many people who object to any frank discussion of these problems aimed at disclosing the underlying factors and motives of the unsatisfactory state of affairs — even though this is the only possible approach to a true and lasting improvement of the situation. Instead — and this seems to this writer an equally dangerous symptom — certain people seem to be satisfied with clouding the true state of things by means of pleasant generalities pronounced in editorials and after-dinner speeches, pronouncements which in certain cases are lacking not only in realism but also sincerity. It seems unnecessary to point out that this attitude is hardly conducive to furthering the task of promoting permanent and mutually satisfactory inter-American cooperation.

That inherent superficiality which characterizes so many current discussions and newspaper reports, particularly on foreign affairs, has prevented most of us from ever getting down to the bottom of the now popular phrases «international cooperation», «hemispheric solidarity», «good neighborliness», etc. Not many of us have ever stopped to think seriously about their implications: who exactly cooperates with whom?; who feels solidarity with whom, in what respect and why?; how does that feeling express itself in every-day practice, and what exactly are the effects it produces?

It seems strange that in an age which has so desparate a need for international understanding and cooperation and in which these terms are used so abundantly by those responsible for the guidance of public opinion, so little serious attention has been paid to the factors which in every-day life really form opinions and concrete attitudes of one people toward another. So far as this writer knows, no research institute or foundation has ever undertaken an adequate inquiry into this vast and vitally important field shared by sociology, psychology, and economics, although some individual scholars in various countries have made valuable contributions. On the other

hand, most of the past and present discussion has been centered on the diplomatic, juridical, and military machinery necessary to maintain international security while neglecting, only too often, the rather obvious facts that the efficacy of even a theoretically ideal machinery depends in any given situation upon the willingness of the peoples concerned to encourage adequate policies of such agencies, approve their decisions and back them up by concrete action; and that such willingness in turn depends on the degree to which the average man has come to understand and appreciate the real significance of international relations and how he feels toward the «common man» in the rest of the world or any specific «foreign» country.

As an eminent American educator pointed out in a recent thoughtful study, the aim «to promote peace and international understanding and co-operation... will not be achieved by an over-all international organization, for it involves a change of spirit which must be developed through the relations of each human being with his immediate neighbors irrespective of race, creed, or color» (1).

Nor can this problem be solved, as is so frequently suggested, through mere revisions in the curricula of our schools and in our text books. It will have to be approached on a more ample basis and in more concrete ways.

It therefore seems not only timely but eminently necessary to study these problems and their conditioning factors not merely in order to bring about improvements in the specific areas where direct contacts between Anglo and Latin Americans exist now but also as an indispensable preparatory step toward increasing in the greatest possible number of members of both cultural groups the receptiviness to that attitude which is required by the necessities of ever closer and more significant relationships between nations. Otherwise it is likely that many of the factors which have handicapped positive relationships in these relatively limited areas in the past will interfere also in other and wider areas where such relationships are now being developed.

Insofar as relations between the United States and Latin America in general are concerned, it is rather obvious that they cannot be understood properly without taking into account that they have been decisively influenced and continue to be influenced by the following principal factors:

(1) Contrasts in living standards;

(1) I. L. Kandel, «Educational Utopias.» In «International Frontiers in Education», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 235, 1944, p. 48.

(2) Differences in political power, population, and general material development;

(3) Differences in traditions, ideosyncrasies, scales of values, ideas of personal dignity, attitudes toward manual work, family and social organizations;

(4) Differences in attitudes toward non-white persons and ethnic groups.

Needless to say that the two papers which are here offered represent but a first and very tentative approach to certain aspects of the problem as it appears on the Isthmus of Panama, a small but vitally important and symptomatically significant area. Both authors have treated the subject on an esentially practical basis, drawing principally from their own daily experience and observations. It was Mr. Boyd — a North American who has now lived and worked for more than two years in the Canal Zone — who suggested the subject for a research project in the Seminar on Social Problems of Latin America. The writer of this foreword, as professor, accepted the suggestion after some hesitation and arranged for the cooperation between the North American and the Panamanian author. Mr. Carrillo has worked for four years in the Canal Zone as a gold-roll employee. He has studied social and economic sciences in the National University of Panama for four years, besides taking one year of graduate work in the Inter-American University.

So far as this writer knows, this is the first time that a Panamanian and a North American have prepared a study on this subject in constant mutual exchange and with equal and genuine eagerness to clear up the shortcomings on both sides and to contribute thus to an improvement of the situation. They have had the benefit of numerous discussions with their fellow members of the Seminar, both Latin and North Americans, and the advice of Panamanian and North American residents of both the Canal Zone and the Republic who by training, experience and attitude appeared qualified to express sound judgement on the subjects involved.

The professor should perhaps have insisted on a strictly «scholarly» approach to the topic, on the employment of the customary factual and analytical instrumentary and a purely sociological terminology. He did not — also after considerable ponderation — because it seemed to him justified and even desirable to preserve the fresh and immediate approach of the two writers which in itself is to a considerable extent typical of the two peoples they represent and which therefore reflects some part of the actual situation they describe.

Both authors have not minced words. They considered that, if a presentation of the real situation was wanted, the feelings and

rationalizations of the typical, average man in the street — in the streets of both jurisdictions — would have to be presented as truthfully as possible before an objective analysis could be attempted.

On the other hand, both authors have approached and treated the subject with a genuine intention to arrive at an impassionate, balanced and impartial understanding. The recommendations which are presented in the form of final conclusions were jointly arrived at by both authors.

To this writer perhaps the most interesting result of this preliminary and inevitably tentative study is that it makes it very clear that we should in all humbleness admit that the shortcomings which interfere with satisfactory intercultural relations on the Isthmus of Panama are mutual. *One of the most significant statements of these papers, in the opinion of this writer, is that there exist on* both *sides symptoms of distrust and charges of exploitation, abuse of authority and unwillingness to see the other part's viewpoint. The humbleness which should spring from this realization might be expected to be the first step toward that genuine and lasting revision of our thinking and attitude toward other «racial», national and cultural groups which seems necessary the world over if we want to prevent another and even more disastrous relapse into international anarchy.*

RICHARD F. BEHRENDT
Director, Institute of Social and Economic Research
Inter-American University
Panama, R. P.

VIEWPOINTS OF A PANAMANIAN [1]

By RAMÓN CARRILLO

Introduction.

The subject with which we deal has so many varied aspects that we have found it necessary to take up only those which because of their everyday importance, overshadow the others.

In this first attempt we cannot hope to gather, present, and analyze all the multiple aspects which go to form the whole picture, because in the collection of data we have had to resort to such unstable and inexact sources as public opinion, personal and group observation, and accounts of unknown origin.

On the other hand, the problem is so interesting and so complex that to analize it as it should be done would call for the writing of a series of monographs. Therefore, we will limit ourselves, as much as possible, to those aspects which seem to have the greatest sociological significance.

We have had very little success in securing data from official sources. It was impossible for us to get answers to certain questions of great importance for our subject. Statistics, which would have lent great weight to certain arguments will not be presented in this paper in so far as they would have had to be furnished by the authorities of either the Canal Zone or the Republic of Panama.

It is necessary to say that among the Panamanians there are nc official organs, no groups, no magazines, no agencies which have any exact, systematic knowledge, based on well organized documentary material, of the laws and documents in general which deal with this subject. Needless to say that very little can be accomplished in an office that has no up-to-date file organization of its documentary material. And exactly the same thing can be said about the statistical

---

(1) The author and the editor express appreciation for the cooperation of the following persons in the translation of this paper from Spanish into English: Mrs. George Benedetti, Mrs. Louise Caswell, Mr. Richard M. Boyd, and Mr. Jerome O. Durfee.

data. As for the Canal Zone it seems there is demonstrated very little willingness to part with information, for very obvious reasons, which, however, do not exactly satisfy the research worker.

Panamanians and North Americans have lived side by side on the Isthmus for many years now. Several generations have grown up and been educated here in close proximity. The character and conduct of those involved in this atmosphere have been molded by those human contacts, both large and small, which go to make up every-day living in all communities.

The social, political and economic ties between both peoples date back a great deal further that the actual birth date of the present generation. The nation of the North played an important part in our separatist movement in 1903. The liberal and democratic character of the North American political structure greatly influenced us in the patterning of our own Constitution. The Panama Canal, the Big Ditch, was made possible by mutual interest; new homes have been formed here by the intermarriages of members of the two peoples. Panama represents, comparatively speaking, one of the best export markets for the North American business man; throughout the entire Republic we find important North American capital investments (one unverified sources places them at $26,700,000). We stand together for the defense of the democratic ideals. We have the same enemies in the present world-wide struggle. In nearly all aspects of every-day life there exist close contacts.

And yet, when one speaks of Panamanians and North Americans, immediately into our minds is flashed a picture of two groups, separated; a scene of friction, resentments and antagonisms between two peoples.

Why is it that these two groups in spite of many years of close association, still remain marked by such distinct differences? Why do the negative relationships of distance and dissociation overshadow those of contact and association?

I.

Effects of Political Relations Between the Two Nations.

1.—*Some Historical Considerations.* The United States of America played an important part in our political independence. The treaty of December 12, 1846 between the United States and Colombia «finally provided the legal excuse for the action taken of the Washington government in securing Panamanian independence in 1903». Article 35 of the treaty stipulated: «...the United States guarantee, positively and efficaciously, to New Granada, by the present stipula-

tion, the perfect neutrality of the before mentioned Isthmus, with the view that the free transit from one to the other sea may not be interrupted or embarressed in any future time while this treaty exists; and, in consequence, the United States also guarantee, in the same manner, the rights of sovereignty and property which New Granada has and possesses over the said territory.» (1)

We must not forget that Panama had joined with Colombia «voluntarily,» as the saying goes, because of her limited size and her weakness along side of a more powerful nation whose destiny was ruled by a military group who would have been only too glad to have resorted to the battlefield to find a method of expressing itself; and to the political field for the realization of personal ambitions.

The national movement which supported the separistic attempts has expressed itself on various occasions: in 1830, 1831, 1840, 1860, 1885 and 1889. Theodore Roosevelt in his famous message to Congress of December 7, 1903, denounced fifty-six separistic movements on the part of the Panamanians as regarding Colombia.

Natural barriers, an impenetrable jungle, rivers, and lack of communications separated us from Colombia.

Because of all this it could not be said that the United States created the movement which finally came to a head on November 3, 1903. The United States had nothing to do with the formation of the nationalistic sentiment which supported that movement. If we say that the United States was involved in those ocurrences, it was without doubt because she was so prompted by her interest in the construction of the Canal. No doubt remains that the warships of the United States had a great deal to do with cooling off the enthusiasm of the Colombians to preserve the integrity of the country. Also the Panama Railroad Company, run by North American employees, played a great part in hindering the Colombians by slowing down, stalling and often outright denying transportation to the Colombian troops.

But the separistic movement was not only skin deep. It had its roots in the very heart of the Panamanian people. The leaders of this movement were not alone in their complaints against the Colombians. Everyone was tired of providing for the other Colombian states at the expense of the Panamanians; tired of fruitless revolutions, and in need of sanitation, schools, of public service. Tired of feeling humiliated, of being relegated to a secondary place. Tired of the treatment Panama had received from several Colombian governments.

---

(1) William Daniel McCain: *The United States and the Republic of Panama*. Durham, N. C.: Duke University Press, 1937, p. 8.